

PRELUDIO

I

Hace muchos siglos, en el año 8 de la era cristiana para ser exacto, el emperador Augusto destierra de Roma al poeta Ovidio, enviándolo a Tomis, un lugar frío e inhóspito a orillas del mar Negro, en los confines más remotos de su imperio. Todo se le quita a Ovidio: su mujer, a la que amaba profundamente, sus hijos y sus amigos. Ni sus libros puede llevarse. La soledad será su destino: así lo dispone el emperador. Es una soledad que se exagera cuando se evidencia que nadie en Tomis habla su lengua —el latín—, mientras que el idioma de sus nuevos conciudadanos le suena a parloteo incivilizado.

¿Qué crimen cometió Ovidio a sus cincuenta años para que el emperador lo castigara de manera tan cruel? ¿Por qué él, a quien el pueblo y el senado adoran por sus poemas y que, como digno sucesor de Virgilio y Horacio, mereció el título de *poeta laureatus*, es exiliado de su Roma querida y enviado a un sitio adonde ningún romano viajaría por su propia voluntad? ¿Será que ha ofendido al emperador, el hombre más poderoso del mundo, que es venerado como una deidad? ¿O es que el

espíritu libertino del poeta, cuya fama se debe en parte a sus himnos dedicados al erotismo, constituye una amenaza a la moral puritana propagada por el septuagenario Augusto, y que por eso Ovidio debe ser invisible para los romanos? Nadie lo sabe. El propio Ovidio calla, esperando que así vuelva a ganarse el favor del emperador. Pero es en vano. Muere en el año 17, lejos de Roma y de su amada esposa. ¿En soledad? ¡No! Desde que es exiliado comienza a luchar contra la soledad, escribiendo poesía y manteniéndose, así, fiel a su alma, a su vocación. A estos poemas los llama *Tristia*: son recuerdos melancólicos, lamentaciones sobre su suerte, pero también aprendizajes de la vida, odas a su esposa y sus amigos fieles, palabras de aliento. De principio a fin, su libro es un testimonio grandioso del secreto de la poesía, que tiene ese misterioso poder de dar renovadas fuerzas a la gente mediante las palabras. Sus *Tristia* también son el testimonio elocuente de que, gracias a su espíritu perseverante, la labor creadora del poeta no se hundió en un pozo de depresión y desesperanza, no fue quebrada y le permitió trascender la soledad y volver a ser humano. En el poema "A Perila", Ovidio lo expresa así:

Por decirlo brevemente: nada tenemos de inmortal, salvo los bienes del alma y los del ingenio.

Heme aquí: aunque me veo privado de la patria, de vosotros y de mi casa y me han arrebatado todo lo que se me pudo quitar, yo mismo me acompaño, sin embargo, y disfruto con mi propio talento: el César no pudo tener ningún derecho sobre él.

Ovidio sabe que con estos poemas del exilio ha escrito una nueva obra maestra, un libro atemporal que seguirá siendo una guía, a través de los siglos, para todos los desterrados, refugiados y desamparados que vendrán después; compañeros en la desgracia, a quienes sus versos darán la fuerza vital

para conseguir que su propia existencia, a pesar de todo, valga la pena.

Pero al mismo tiempo está muy preocupado: ¿qué pasará con este volumen de manuscritos vulnerables, que en el año 12 envía a Roma y al mundo, a un futuro incierto? ¿Llegará a su destino, a sus lectores? ¿Guardarán ellos esta obra, para pasarla a otros? En la historia de la humanidad, ¿cuántas obras valiosas no se han destruido, no se han perdido para siempre en saqueos o incendios?

Es por eso que Ovidio tiene lágrimas en los ojos cuando envía el manuscrito de sus *Tristia* a la lejana Roma, diciendo: "*Vale liber, vale!*". "¡Ve, libro, ve!". Con esta despedida quiere decir: "¡Que te vaya bien en este viaje! Que tu destino sea un viaje infinito por todo el mundo y a través de todos los tiempos. Porque en ti mi espíritu seguirá vivo, y por siempre hablaré a todo aquel que quiera aprender de lo que la vida me deparó".

Dos mil años después, se cumplió el pronóstico con el que Ovidio cierra su poema épico *Metamorfosis*: "y a través de todos los siglos en la fama viviré, si algo tienen de verdadero de los poetas los presagios". Sigue guiándonos. En cambio, el emperador Augusto, que, como señor de un inmenso imperio, con un gesto podía disponer de la suerte de sus súbditos, hace tiempo se ha esfumado entre los bastidores de la historia europea. Su reino, otrora tan poderoso, ha sido pulverizado por el paso implacable del tiempo.

II

¿Quién puede escapar a las vicisitudes de la vida? ¡Nadie! Desde que uno nace su destino está decidido, no hay nada que no pueda suceder...

Algunos viven en salud y son longevos, otros se enferman y mueren muy jóvenes. Un niño pequeño puede perder a su

padre o a su madre, los padres pueden perder a un hijo. Hay años de inocencia y de prosperidad inusitada, y de golpe llega ese año cargado de calamidades. Unas veces la fortuna te sonrío, otras la desdicha te asfixia y surgen esas preguntas: ¿Por qué? ¿Y ahora qué? Preguntas que te miran con sorna y cuya respuesta por ahora no conoces, y quizá nunca conocerás...

Ser humano es un arte. No es ciencia. Si fuera una ciencia, tendríamos definiciones aceptadas, teorías confirmadas, respuestas unívocas, protocolos y manuales para la vida. Pero no los tenemos, y todo lo que se presenta con esa pretensión no es más que un engaño.

Ser humano es un arte. Un arte que cada individuo —con todos los deseos, incertidumbres, dudas, miedos y derrotas que son inherentes a nuestra existencia— tiene que dominar. No importa si eres un emperador o un exiliado, si has nacido rico o pobre: en algún momento, todos tenemos que mirarnos en el espejo y contestar las preguntas: “¿Quién soy? ¿Qué hago con mi vida? ¿Es éste mi destino en la tierra o tengo que cambiar mi vida?”.

Ya lo sabía el salmista, hace más de dos mil años:

Los días de nuestra edad son setenta años;
y si en los más robustos son ochenta años,
con todo, su fortaleza es molestia y trabajo,
porque pronto pasan, y volamos.
(Salmos 90:10)

Pues bien, ahora que sabemos esto, ¿qué elegimos? ¿A qué aspiramos en la vida? ¿A hacer el bien con nuestro poder, nuestra riqueza y nuestra fama? ¿O preferiremos guiarnos por lo que aprendió Dante de su maestro Brunetto Latini?: “*come l'uom s'eterna*” (“cómo se inmortaliza el hombre”). Cosa que no lograremos creando una obra maestra como lo hicieron Ovidio y Dante (son muy pocos los que poseen la genialidad de esos

dos exiliados), pero que sí podemos hacer si nos compenetramos con esos valores espirituales atemporales, es decir, eternos, para vivir genuinamente, tener compasión, dar belleza y ser justos. Suena bien, pero... ¿cómo se hace? ¿Y qué es lo que nos dice el espejo cuando nos miramos en él?

Ser humano es un arte. Fue la convicción más profunda de un hombre excéntrico, de aspecto a menudo desaliñado, que recorría las calles de una bella y soleada ciudad a orillas del mar Egeo, cuatrocientos años antes de nuestra era. Se llamaba Sócrates y amaba la sabiduría. Por eso la buscaba, porque más que nada sabía muy bien todo lo que *no* sabía. Y por eso hacía preguntas, una y otra vez, y sobre todo estas dos: ¿Cuál es la mejor manera de vivir? ¿En qué consiste una sociedad justa? Pero no había nadie cuyo estilo de vida representara una respuesta convincente a sus inquietudes.

“¿Saben lo que significa si no tenemos la respuesta correcta a estas preguntas? En ese caso, ¿cómo podremos convivir en libertad y armonía?” Así les habló a sus conciudadanos. “Y si comenzamos por saber cómo ser humanos, seguramente podremos encontrar la respuesta a esas dos preguntas”, agregó para no desanimarlos. Pero muchos de los que ostentaban el poder en Atenas preferían no conocer la respuesta. Sócrates fue denunciado y hallado culpable de corromper la moral pública. Podía elegir: el exilio o la muerte. Eligió la muerte porque sabía que no había hecho nada malo. No fue sino después de que falleciera que los atenienses comprendieron que Sócrates, con su manera de encarar la vida, ya había dado la respuesta definitiva: el arte de ser humanos radica en la nobleza de espíritu.

Corre el año 1968. Han pasado diecinueve siglos y sesenta años desde que el emperador Augusto desterró a Ovidio a aquel lugar frío e inhóspito en los confines remotos de su imperio, desde donde, unos años más tarde, el poeta enviaría sus *Tristia* a lejanías desconocidas y al futuro. Es la madrugada del sábado 21 de diciembre. Desde Cabo Cañaveral, en Florida, tres hombres valientes abandonan el planeta Tierra para llegar, tres días después, a un sitio infinitamente más inhóspito y frío que donde vivió Ovidio: la Luna. En la historia de la humanidad, Frank Borman, Jim Lovell y Bill Anders serán los primeros en orbitarla. Por una de las ventanas de la cápsula espacial Apolo 8 sacarán numerosas fotos a fin de encontrar un sitio en la superficie lunar que, en el futuro, un ser humano podría pisar por primera vez.

Martes 24 de diciembre. La cápsula ha llegado y puede iniciar su órbita lunar. Bill Anders, quien tiene la cámara, saca una foto tras otra de la superficie, oscura y llena de cráteres. De golpe ve algo que ojos humanos nunca han visto, pero que, gracias a la foto que toma, cambiará para siempre nuestra imagen del mundo. Allá, en la lejanía del impenetrable universo, los tres hombres ven asomar de la negrura una esfera azul, pequeña pero brillante: ¡el planeta Tierra! El único punto luminoso en el universo.

Mientras tanto, la gente está pegada a la pantalla en todo el territorio estadounidense, y en cualquier parte donde haya televisión. Es Nochebuena y todos esperan el mensaje de Navidad preparado por los astronautas, que aún no saben cuán apropiadas serán sus palabras en combinación con la foto *Earthrise* (*La salida de la Tierra*), la primera que envían a nuestro planeta.

A pesar de algo de interferencia en la conexión, las voces de los tres hombres que ahora flotan alrededor de la Luna se oyen nítidamente: "*For all the people back on Earth the crew of Apollo 8 has a message that we would like to send to you*": "La

tripulación de Apolo 8 tiene un mensaje que nos gustaría enviar a todos ustedes ahí en la Tierra". A continuación, se turnan para leer una parte del relato sobre el *comienzo*, el comienzo de la humanidad: los diez primeros versículos del libro del Génesis, que cuentan cómo Dios creó los cielos y la tierra. Concluyen diciendo: "Y los tripulantes de Apolo 8 nos despedimos: buenas noches, buena suerte, Feliz Navidad, y Dios los bendiga a todos, todos ustedes en esa hermosa Tierra".

Al regresar a la Tierra, tres días más tarde, se percatan de que habían partido para explorar la Luna, pero que han descubierto su propio planeta. Y qué bello es en la oscura infinitud, pero también: qué vulnerable. Qué notable que haya una humanidad a la que le es permitido habitarlo. Y qué incomprensible que el ser humano no sea capaz de vivir en armonía con sus pares. Es una forma de locura. Qué necia es su constante destrucción de nuestro planeta. Es autodestrucción, ni más ni menos.

Es Navidad, 1968. Termina un año en que Estados Unidos fue desgarrado por tanta violencia que parecía haber una guerra civil. Termina un año en el que fueron asesinados Martin Luther King y Robert Kennedy y, con ellos, la esperanza que personificaban, y no sólo para Estados Unidos. En esa sociedad en tinieblas, la foto de *La salida de la Tierra* es una fuente de luz y de esperanza, el comienzo de una nueva consciencia que quizás es expresado de la mejor manera en un breve ensayo del poeta Archibald MacLeish, publicado en primera plana por *The New York Times* en Navidad.

Dice el último párrafo:

Ver la Tierra así como es, pequeña y azul y hermosa en ese silencio eterno en el que flota, es vernos a nosotros mismos reunidos como pasajeros de la Tierra, hermanos en esa brillante hermosura en el frío eterno, hermanos que ahora saben que son realmente hermanos.

Hace apenas medio siglo, estas palabras eran una expresión de esperanza: la esperanza de una fraternidad universal en esa brillante esfera azul, ese único y pequeño punto luminoso en el universo inmenso e impenetrable. Pero ahora nos suenan como pertenecientes a otro tiempo, como la promesa de un ideal que se esfumó. Porque la destrucción del planeta Tierra no se ha detenido. La humanidad está más dividida que nunca, y también hay más miedo y violencia que antes. Hay nuevos telescopios que buscan "el comienzo de universo" y exploran sus dimensiones más alejadas, pero de la esencia del ser humanos sabemos cada vez menos, y el arte de ser humanos no es la excepción.

Sobran, pues, los motivos para hacer caso a la exhortación de Blaise Pascal, apuntada en el siglo XVII en sus *Pensamientos*:

Vuelto a sí mismo, considere el hombre lo que es él a costa de lo que es; considérese perdido en este cantón apartado de la naturaleza; y desde esta célula en que se halla alojado, me refiero al universo, aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades y a sí mismo en su justo precio.

Los cuatro estudios de este libro quieren responder a la exhortación de Pascal. Cuatro estudios sobre el arte de ser humanos. Un estudio con la guerra como aprendizaje; otro sobre cómo vencer la estupidez y la mentira; un tercero sobre la valentía y la compasión; y finalmente una examinación de la derrota del miedo gracias a la capacidad creadora de los seres humanos y el amor verdadero. Cuatro estudios que, igual que las *Tristia* de Ovidio, pretenden ser una guía para todo aquel que se preocupe por las dos grandes preguntas socráticas: "Díganme, ¿cuál es la mejor manera de vivir? ¿En qué consiste una sociedad justa?".